

# Entre Mundos

Adriano Fuda



Image not found.

# Capítulo 1

## Prólogo

Dicen que la adolescencia es básicamente llevarle la contra a tus padres, pero ¿nadie pensó si son los padres los que se oponen a la adolescencia?

Dicen que la cabeza de un adolescente vive en constante turbulencia, pues la mía, ya cayó en picada y se estrelló contra el más duro concreto.

El estudio, mis amistades, que hago en mis tiempos libres... todo parece ser cuestionable cuando se trata de mí.

La única persona que siempre supo entenderme fue mi abuelo, a quien todavía lamento haber perdido cuando era solamente un niño. Daria lo que sea por tenerlo a mi lado en esta etapa tan difícil. Sus frases tan acertadas, sus consejos, su compañía, esas historias que me contaba con esos seres tan raros que tanta aventura y terror generaban en mí... todo extraño de ese ser tan agradable. Aunque, la verdad que ya no tenía sentido que permaneciera en este mundo, así como estaba. Sus últimos dos años los pasó postrado en una camilla, en esa fría habitación de hospital, hundido en un profundo coma y con la única compañía del sonido de su pulso marcado por el pitido de una máquina.

Mucho tiempo me llevó sacarme el enojo con mi madre después de que decidió desconectarlo, pero ella es su hija, por lo tanto, la única que tenía decisión sobre eso. Con el tiempo pude entender que fue lo mejor.

Por más que mucho anhele aquellos tiempos la vida continua, ella nos enseña, a veces nos da, otras veces nos quita y estas últimas son lamentablemente las que más nos marcan, pero también, son las que más nos enseñan... y a mí me queda mucho por aprender.

La adolescencia, etapa de sentimientos y sensaciones a flor de piel, algunas con sentido, otras no, pero sin dudas las peores son las que aparecen sin que sepamos su procedencia. ¿Alguna vez tuviste la sensación de no pertenecer al lugar de donde eres?, pues yo sí.

Mi nombre es Thomas Tindergar, si estas esperando que te invite a acompañarme en mi historia lamento decirte que estas equivocado, porque no es solo mía... de cierta forma es la de todos.

## Capítulo 2

### El hallazgo

Ahí está el guerrero, se acerca la hora.

Después de caminar a través de ese túnel, frío y oscuro, flanqueado por altísimas paredes de piedra, lo espera una puerta, tan inmensa e imponente como lo es el castillo.

—Debo juntar fuerzas, cruzar esa puerta y así cumplir con mi destino— dice el hombre llevando su mano hacia la empuñadura de la espada.

—¡X!— Ya con su espada en la mano, decide abrir la puerta e ingresar a ese lugar que hasta ese momento era totalmente desconocido para él. Al poner un pie del otro lado, su aguda audición advierte que algo viene muy rápido.

—¡Izquierda, □!— Rápidamente se hace a un lado y esquivo esa flecha que, de no hacerlo, se hubiese...

—¡Thomas!, es la cuarta vez que te llamo, para que bajes a cenar— grita su madre desde la cocina.

—Ya vamos Ma!— contesta él mirando a su amigo con cara de no importarle mucho el llamado.

—Un poco más y me voy, ya estamos muy cerca Thomas— dice su compañero de juego.

...clavado en medio de su frente.

Entrecierra sus ojos, agudiza su visión, y a lo lejos.... en el lugar más oscuro de la habitación alcanza a ver un brillo... esos ojos... los cuales no nunca pudo olvidar.

—¡□!— Comienza a correr hacia su enemigo.

—¡Derecha •!— esquivo una segunda flecha que iba hacia su pecho

El guerrero está cada vez más cerca, ya puede ver su figura y sigue corriendo...

—¡•!— en su carrera salta una trampa que hay en el suelo. Sigue con los ojos clavados en esa bestia.

—¡Abajo X, arriba ●!— Salta y en el aire toma su espada con ambas manos y ...

—¡NOOOOO!— gritan al unísono en cuanto ven a la madre de Thomas con el enchufe de la consola en la mano.

—¡Thomas, a cenar!— dice Margareth con su peor cara de enojada - ¡y vos Adrián, a tu casa, tu mama debe estar esperándote!

—Si señora— responde Adrián con la cabeza a gachas

Ambos bajan charlando e imaginan lo que podría haber sucedido en el juego y se despiden en la puerta, afirmando que mañana después de clases seguirían con el video juego.

—¿De dónde sacaste tremendo juego?— Adrian está asombrado e intrigado por el hecho de que su amigo tenga un juego de ese estilo que aún no conocían.

—Es algo extraño, pero me llegó un mail que contenía el link de descarga— sin dudas es algo extraño, pero la rareza de la situación no iba a privar a Thomas de jugar un juego que ya por el nombre prometía ser una joya, "Warrior in the shadows" (Guerrero en las sombras)

—¿Y la dirección de donde fue enviado?— el cuestiona-miento de Adrian sigue ya parados en la puerta.

—No entendí que decía, son solo unos símbolos raros— los muchachos ya están extasiados con la situación, sin dudas uno de esos momentos en donde quieres hacer un salto de tiempo y ya estar haciendo lo que tanto te va a costar esperar hasta el otro día.

—¡No vayas a seguir jugando, eh!— le grita Adrián mientras se aleja en su bicicleta, Thomas prefiere no contestar, por miedo a no poder cumplir con ese pedido.

La cena ya está servida y sus padres en sus lugares, cuando él decide por fin sentarse. El clima es tenso, pero eso no evitó que Thomas demuestre su descontento con la comida.

—¡Sopa! ¿De verdad?, ¡Sopa! ¿no hay otra cosa?— pregunta con cara de asco mientras se acerca a su plato ya frio.

—Hoy hay sopa— es la respuesta —no hay comida especial para nadie—

Aunque Margareth se encuentra enojada, no puede con su genio —¿quieres que al menos te entibie la comida? —pregunta con buen

tono, como es su costumbre.

—¡De ninguna manera!— se adelantó su padre enfadado —así aprenderá a venir la primera vez que uno lo llama—

Nadie se animó a objetarlo, es más, Thomas ni siquiera levantó la mirada, la cual tiene clavada en su sopa.

Castigos dejándolo sin jugar y berrinches en la comida denota que Thomas es un chico de un pueblo tranquilo, con algo de reveldia propia de su edad pero sin llegar al punto de actuar como un adolescente de ciudad.

—¿Y Elizabeth?— pregunta Thomas, queriendo derivar el conflicto hacia su hermana —¿por qué no está en la mesa?—

—Se quedó a cenar en lo de una amiga— contestó su padre, mirándolo fijamente por encima de sus lentes.

—Supuesta mente— murmuró Thomas con una sonrisa irónica, mientras simulaba una cascada con la cuchara y la sopa, que aún no había sido probada —Tiene quince años y pasa menos tiempo en casa que nosotros tres juntos— reprochó.

Todos quedaron callados, pero luego de unos minutos en silencio Robert recordó un tema que lo tiene preocupado

—Y Thomas, ¿ya decidiste que carrera vas a elegir cuando termines el secundario?— el muchacho prefirió ignorar esa pregunta y seguir jugando con la sopa, la cual tenía en claro que no iba a comer.

Faltaban seis meses para terminar quinto año y todavía no está seguro... bueno, sí lo está. En realidad, a lo que más le teme es a la reacción de su familia cuando lo diga. Él no seguiría "el mandato paterno".

Pero no pasará de esa noche, de esta cena. La incertidumbre de Robert dejaría de existir. Hace años que vienen preguntándole lo mismo, su padre no está dispuesto a esperar más.

—¡Te hice una pregunta y nadie se va a mover de su silla hasta que nos des una respuesta coherente!— dice elevando su tono mientras se muestra impaciente e inquieto.

Thomas suspira y levanta la vista —¡¿Qué se yo?!— responde fastidiado.

Robert sorprendido exclama —¡¿Qué se yo?! ¿Esa es tu respuesta?!— sus cejas se alzaron tanto que casi se fusionan con su pelo y la frente se transformó inmediatamente en un acordeón —espero que pienses seguir

los pasos de tu padre y elijas una carrera respetable—

Madre e hijo se miran instantáneamente, ella intuía muy bien que Thomas tenía algo menos convencional en mente.

El muchacho levantó la mirada hacia su padre y con seguridad respondió —¡Quiero ser programador de video juegos!—

Nuevamente el silencio invadió la habitación, hasta que Robert comenzó a reír —¡ajaja ¿y con eso pensás ganarte la vida?— continúa riendo y a Thomas se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Alguna vez has llorado de ira? Esas lágrimas son incontenibles.

Robert decide redoblar la apuesta —¿encima vas a llorar?, pensé que Elizabeth estaba en lo de una amiga— dice con total ironía. —Haceme un favor hijo, andá a dormir y pensá bien en la estupidez que dijiste—

—Todavía no tomé mi sopa— contesta; de tal palo, tal astilla...

Una mirada de su padre fue suficiente para que entienda que es momento de retirarse, y así fue, Thomas emprende camino a su cuarto, pensando en lo sucedido. Una vez allí, cierra la puerta con llave. Además de pensativo está enfadado. Le afectaba mucho que sus padres no acepten, ni respeten sus elecciones.

—¡¿Que se piensan?!, ¡es mi vida!, ¡ellos ya tienen la suya para decidir!— piensa en voz alta, al momento que deja caer su cuerpo en la cama. —ya no se para que me preguntan, si solo quieren que les responda lo que ellos quieren—. Sus lágrimas de bronca, brotaron nuevamente.

Su gato Tankian subió a la cama, y acurrucándose a su lado comenzó a lamer sus lágrimas como si realmente comprendiera y quisiera consolarlo, Tankian, más que su mascota es su amigo hacía ya cinco años. Adrián se lo había regalado, es hermano de su gato Davis.

—A veces pareciera que vos me entendés más que mis propios padres—. le dice mientras acaricia su oscuro pelaje.

Se levanta y se acerca al televisor apagado, allí donde puede verse reflejado, mientras seca sus lágrimas.

—Vos vas a hacer lo que quieras, ¿escuchaste?— se dice y aguarda ahí por unos minutos, viéndose, pensando... una vez que consigue calmarse, baja su mirada y allí está, su mejor distracción, su consola. Por algo no había podido prometerle a Adrián que no seguiría jugando. Pero su sonrisa se borró de su cara, con la misma velocidad con la que había aparecido, al darse cuenta que le habían sacado el cable de alimentación. Así enojado

como estaba decidió volver a su cama, estira su brazo derecho hacia la mesa de luz, abre el cajón y saca su reproductor de música, en esos momentos es lo único que lo calmará. Se puso los auriculares y escuchando su banda favorita de power metal sinfónico cerró sus ojos y se quedó profundamente dormido.

...ahí está el guerrero, otra vez corriendo por ese largo pasillo. Se detiene unos instantes frente a esa puerta, esta vez observa con más detalle los grabados que hay en ella, ¿este símbolo, que es lo que hace aquí? Piensa dispuesto a empujar una hoja de la misma. Esta vez por alguna razón está preparado. No le hace falta confiar en su audición, sabe muy bien que esa flecha va directo a su frente, así que la esquivo inmediatamente. Al igual que lo hace con la segunda y advirtie perfectamente la trampa que lo esperaba en el suelo.

Ahí está otra vez, corriendo hacia ese ser tan repugnante

—¡Esta vez sí, acabaré contigo!— grita con todas sus fuerzas con su espada ya en la mano.

Llegó el momento, se encontraban más cerca de lo que jamás habían estado. Cuando decide dar la estocada que acabaría con todo, puede ver algo filoso que reluce con el fuego de las antorchas. Casi en el mismo instante y sin poder hacer nada sintió como se desgarraba su carne, a la altura de las costillas, con un ardor que jamás había sentido. Cae de rodillas pensando en que fue lo que lo distrajo como para perder de vista el arma enemiga, algo le había llamado la atención, pero... ¿qué?

Deja caer su espada. Ésta al chocar contra el suelo provoca un ensordecedor ruido de metal. Con las pocas fuerzas que le queda solo alza su mirada y frente a él pudo ver esa horrible cara, esa que lo perseguía hasta en los sueños.

—Tu agilidad y tu espada no son nada frente a mi hacha, ¿verdad?— dice mientras levanta su arma —ahora ya no queda nada más por hacer, lamento que ella no pueda ver este momento, aunque le puedes contar ya que vas hacia el mismo lugar—

El hacha se dirige hacia su cabeza con una fuerza sobrehumana, el guerrero ya derrotado cierra sus ojos y ...

¡Boom! El sonido de un portazo fue lo que despertó a Thomas quien se toca las costillas, todavía siente el ardor, ¡que locura!, piensa mientras la transpiración cae por su frente, — eso fue tan real... tendré que dejar de jugar a ese juego —. De pronto escucha unos pasos apurados que suben por la escalera, acompañados por un llanto, y por último un portazo más. Thomas sobresaltado mira el reloj que marca las dos de la madrugada. Decide levantarse y salir a ver que sucede. Se dirige a la habitación de su

hermana.

—Elizabeth, ¿estás bien?— pregunta preocupado

—Andate, dejame tranquila— responde alterada.

Él intenta abrir la puerta en vano, ya estaba cerrada con llave.

—Dale nena déjame entrar— insiste mientras escucha el llanto ahogado contra la almohada.

Thomas se sienta en el suelo con la espalda contra la puerta. Al cabo de unos minutos el llanto ya no se escucha. De repente y sin previo aviso, la puerta se abre dejándolo tendido a los pies de su hermana. Ella lo mira con el maquillaje corrido por tanto llanto.

—¿Todavía estas acá?— pregunta con la cara más triste que una niña podía tener.

—Obvio, soy tu hermano, ¿quieres que me vaya a dormir cuando entras como una loca llorando?— Ella no tuvo más remedio que invitarlo a pasar, cerrando, tras él, la puerta con llave nuevamente. Una vez allí Elizabeth se deja caer en los hombros de su hermano rompiendo en llanto otra vez.

—¿Qué pasa Eli?— le pregunta mientras seca sus lágrimas de angustia. Si bien no son los mejores hermanos, hay mucho cariño entre ellos.

—¡Soy una estúpida! No debería haber ido— dice mientras se sienta en su cama.

—¿Te peleaste con tu amiga?— le pregunta en tono irónico

—No te hagas, sabes muy bien que no estuve con ninguna amiga— confiesa con ánimos de contar lo sucedido —Es ese bobo de Mathew— enseguida se retracta —en realidad la boba soy yo, por pensar que le puedo interesar— Mathew es de quien está enamorada su hermana, y a su vez también es compañero de curso de él. Sin embargo, el problema más grande es la rivalidad que hay entre ellos, aquella que tienen desde que se conocieron. Thomas no soporta que su hermana esté tan embobada con su rival, pero es lógico, muchas se sienten atraídas por el rebelde del colegio, aquel que siempre hace lo que quiere y parece llevarse el mundo por delante.

Antes de que las lágrimas de Elizabeth vuelvan a aparecer intervino su hermano.

—Pará, pará, pará, ¿vos me estás diciendo que todo este escándalo es por Mathew?— pregunta riéndose. Ella levanta la cabeza y Thomas

anticipando que la tristeza de Eli se transforme en enojo, agrega —tenés quince años nena, tendrías que estar pensando en otras cosas, sabes cuantos hombres te vas a cruzar en tu vida, cuantos bobos, este es solo el primero— él mismo queda sorprendido por sus propias palabras. Elizabeth logra calmarse y su hermano decide que es momento de dejar que descanse.

—Chau hermanita, descansá y recordá siempre lo que decía el abuelo— se acerca y besa su frente con compasión —lo único que no tiene solución es la muerte— completa la frase.

—Chau Thomas y gracias— dice mientras se acomoda en la cama.

—No agradezcas, a veces te odio, pero sos mi hermana— agrega él justo antes de cerrar la puerta.

Ya en su habitación y preparado para descansar vino a su mente ese extraño sueño vivido. Por unos minutos se había olvidado debido al alboroto de Elizabeth, pero la sensación de ardor le hizo recordar. Igualmente, lo que más le había quedado grabado es ese símbolo tallado en la puerta, ¿de dónde habré sacado ese símbolo?, piensa que puede haberlo visto en el video juego y de ahí lo imaginó en el sueño, pero eso es algo que no podrá comprobar hasta que le devuelvan el cable de su consola. El hecho de sentirlo tan real lo inquieta demasiado. Prefiere no pensar más, acomoda su almohada y así acaba su día.

Son las seis de la mañana del 18 de septiembre del año 2017, la nevada nocturna ha cesado, no sin antes tapar el césped del jardín de los Tindergar, en ese momento el despertador hace su trabajo. Margareth es siempre la primera en levantarse, se viste tratando de hacer el menor ruido posible para que Robert no se despierte, eso sucederá después de haber preparado el desayuno. Sale de su cuarto y se dirige a la cocina, no sin antes pasar por el cuarto de su hija para comprobar que ha regresado. Ya en la cocina enciende la cafetera y pone unas rodajas de pan en la tostadora. Mientras piensa en cómo se lleva Thomas con su padre se dispone a lavar los platos sucios de la cena anterior. Ella quiere que Thomas corra tras sus sueños, pero le disgusta la idea de que Robert no piense lo mismo

—¿Qué voy a hacer con estos dos?— dice, suelta un suspiro de pena al mismo tiempo que una lagrima cae por su mejilla. Está en el medio, como siempre, de una situación que la entristece demasiado y que no sabe cuánto más va a tolerar.

La tostadora y la cafetera hacen su ruido característico juntas, como si todo estuviera calculado con máxima precisión, y lo está. Margareth limpia sus lágrimas y acomoda todo lo necesario para el desayuno en la mesa,

ya es hora de que la familia comience un nuevo día.

El primero en cuestión a despertar siempre es Thomas, como de costumbre tarda una eternidad en levantarse. Sube la escalera, golpea la puerta de la habitación de su hijo y para sorpresa de ella obtuvo una respuesta.

—¡Adelante!— Se escucha la voz de Thomas con un raro entusiasmo.

—Hijo, ¿ya estas levantado?— sin dudas la asombró encontrarlo así.

—No ma, soy un holograma, el verdadero Thomas se fue a vivir al Congo— contesta riéndose. El joven ya está vestido y con un auricular puesto en su oído derecho.

—Bajá esa música que te vas a quedar sordo— sugiere su madre. ¿Quién no escuchó esa frase alguna vez?

—¿A qué se debe tan buen ánimo hijo?— la cara de sorpresa de Margareth hace parecer que el chiste del holograma es real.

—A nada ma, un poco de buen humor no le viene mal a esta casa, ¿no?— Responde mientras acomoda su carpeta en la mochila.

—Dale, bajá que ya está el desayuno servido— y emprende su camino a la siguiente habitación.

Con Elizabeth es distinto, solo unos golpecitos e ingresa directamente, atribuciones que se toma con su mujercita.

Su hija también está despierta, pero al contrario de su hermano sigue metida en la cama y con un ánimo que mejor haberla dejado durmiendo.

—¿Qué es esa cara hija?— Le pregunta al ser evidente su estado.

—Nada ma, no pasa nada— parece que todo el entusiasmo de la casa se lo había llevado Thomas hoy.

—¿Estuviste llorando?— Junto a ella hay un pañuelo sucio con parte del maquillaje que llevaba.

—¡Te dije que no pasa nada mamá!— responde alterada —y no preguntes más— agrega, Margareth no está acostumbrada a escuchar a su niña con ese tono.

—Dale hija, es un nuevo día, acordate lo que decía tu abuelo ...— la frase

esta vez es interrumpida.

—No me vengas vos también con eso—

Sin entender de lo que su hija habla decide retirarse, no sin antes decir.

—Bueno, bueno, bajá los humitos y a desayunar— luego cierra con fuerza la puerta.

Cuando fue por Robert él ya no estaba en su habitación, entonces se dirige a la mesa.

—¿Ya te levantaste amor?— su esposo ya está sentado y tomando su café.

—Vos y tus preguntas obvias de siempre— levanta su mirada dispuesto a darle un beso a esa mujer que lo viene acompañando hace ya tanto tiempo. —Si me quedo esperando a que se levanten las marmotas voy a tomar el café helado— agrega, al parecer Robert ha amanecido con el mismo humor con el que se fue a acostar.

—¿De qué marmotas hablan?— Pregunta Thomas al entrar a la cocina

— De las dos marmotas que tengo por hijos — contesta su padre mientras termina apurado su café — vamos que ya tenemos que salir, ¿y tu hermana? —

Robert además de ser su padre era el director del colegio donde estudian los hermanos Tindergar, algo que su hijo lamenta y mucho.

—Llévala a Eli si querés, yo voy a ir caminando— toma su café apurado, se coloca una tostada en la boca mientras se pone el abrigo y se dirige a la salida.

—¡Tú mochila marmota!— le grita su padre antes de que saliera.

—Decile a Elizabeth que me la lleve— contesta justo antes de poner un pie afuera

—¿A dónde irá tan apurado?— se pregunta Margareth, a lo que Robert contesta

—No creo que ese apuro sea precisamente para ir al colegio—. Elizabeth sigue sin bajar, y cuando su madre decide ir a llamarla nuevamente, su hija se encuentra bajando las escaleras.

—Perdón ma, no quería desayunar— le dice con una voz tan desanimada

que casi no la escuchó. Robert se levanta de la mesa.

—Vamos Eli que se hace tarde, agarrá la mochila de tu hermano que se ve que estaba apurado—

Thomas camina con tal prisa que parece flotar sobre la nieve, ¿qué hacía que estuviese tan apurado?, solo él lo sabe, pero su dirección indica que antes de ir al colegio pasaría por la casa de su amigo.

Ahí va, transitando Calm River, recorriendo esas calles que lo vieron crecer. Por suerte su amigo no vive muy lejos, solo tiene que cruzar uno de los brazos del río para llegar hasta la calle principal, justo antes de que comience el bosque... el pueblo está como siempre, muy silencioso, alejado de las grandes ciudades.

Agitado y sofocado por tanto abrigo llega a la casa de Adrián, golpea su puerta repetidamente hasta que alguien abre.

—Thomas, ¿estás bien? ¿Pasó algo?— cuestiona Catherine, la madre de Adrián, al ver el estado de agitación que tiene.

—No señora Patinson, ¿está Adrián?— pregunta con la misma prisa con la que había llegado.

—Está en su...— antes de que termine la frase Thomas ya está subiendo las escaleras, Adrián está a punto de salir de su habitación cuando lo intercepta y de un empujón lo hizo entrar nuevamente y tomándolo de los brazos le grita

—¡Me mató! digo... ¡lo mató! Bueno... en realidad no se— Adrián era sacudido cual hoja al viento cuando decide separarlo.

—¡Pará! ¿Qué te pasa, te volviste loco? Es muy temprano para tanto entusiasmo—

—Vamos para el colegio que en el camino te cuento— dice Thomas sabiendo que por más emoción que tenga a clases hay que ir igual, y nada de andar llegando tarde, de ser así el primero que se enteraría sería el director, su padre. Bajan ambos, Adrián da un beso a su madre, agarra su mochila y emprenden su camino.

En el auto, camino al colegio, tanto Robert como Elizabeth se mantienen en silencio, la niña, con la misma cara de desgano con la que se había levantado, su postura lo dice todo, más que sentada esta desparramada en la butaca del acompañante, mirando por la ventana como el sol va derritiendo la nieve caída durante la noche. Robert es quien rompe el

silencio.

—Es por Mathew ¿no?— al contrario que con su madre, a él le contaba todo, por eso sabe muy bien por donde viene tan mal humor.

—Si pa, no sé porque sigo pensando en él— dice y luego suelta un suspiro, que empaña el vidrio de la ventanilla.

—El amor hija, el amor— la consuela Robert mientras acaricia su mejilla —uno no elije de quien se enamora por más que pienses que si... si no, mira a tu madre con quien se metió— una pequeña broma bastó para sacarle una sonrisa.

Con el mismo destino, pero más retrasados se encuentran los amigos dirigiéndose a un nuevo día de clases. Para el momento en que toman la calle principal es cuando Adrian decide insistir con saber que había sido toda esa locura de Thomas.

—¿Vas a hacerme esperar mucho más?— Adrian está ya demasiado intrigado.

—Estoy pensando bien como contártelo— la respuesta logra aumentar mucho más la intriga.

—Dale, no me hagas preocupar por nada, ¡contame ya!— insiste.

Thomas sabe que se pondrá cada vez más denso si no le cuenta, ya no tiene opción.

—Te cuento, pero te llagas a reír y no te cuento nunca más nada— por más que solo había sido un sueño, tenía ciertos elementos que lo inquietaba.

Le contó todo, con lujos de detalles tal cual se acordaba, desde ese símbolo que quedó en su mente, pasando por el saber anticipadamente lo que vendría, hasta ese ardor tan real que aún después de despertarse sentía.

—Ah bueno... los video juegos te están quemando la cabeza— se burla Adrian una vez terminado el relato.

—De verdad te estoy diciendo— la seriedad en su tono hizo que paren las burlas y lo que quedaba de camino se mantuvieron en silencio, pensativos.

—Tarde— dice Robert, quien está como siempre supervisando la entrada de los estudiantes —se nota que te desviaste en el camino— agrega haciendo alusión a la compañía de Adrian —acá tenés tu

mochila— Thomas se la saca de las manos apurado y mirando hacia todos lados, ya que nunca le gustó que los demás lo vieran en situación de hijo del director.

Ya en el salón de clases Thomas se remite solo a su pensamiento, mientras transcurre la hora de matemáticas.

—Tal vez son mis ganas de que ocurra algo interesante lo que me hizo sentirlo tan real— piensa —algo en que ocupar mi mente mientras sigo metido en este aburrido pueblo— pero ¿puede solo las ganas de algo volverse realidad?, ¿puede un sueño provocar dolor verdadero? Thomas piensa que esto no es posible, pero también, sabe que recuerda muy bien ese dolor en su cuerpo.

—Pude haberme golpeado mientras dormía— su pensamiento sale por su boca.

—¡Señor Tindergar!— exclama el profesor Carson —eso que está en su hoja no se parece ni un poco a los ejercicios que estamos haciendo— el muchacho se percató de que mientras estaba dentro de su cabeza, casi como por impulso, garabateó algo en su hoja. Cuando vio lo que hizo, lo tapó con su cartuchera asustado y levantó su mirada, todos en el aula están observándolo y continúan haciéndolo hasta que el profesor pide que prosigan con la tarea. Adrian, quien está en el banco que se encuentra delante de él, no le saca los ojos de encima, le llamó mucho la atención lo nervioso que se puso su amigo. Una vez que el profesor Carson recupera la atención de todo el salón, Thomas corre por fin la cartuchera, dejando ya visible aquel garabato. Abre sus ojos sorprendido, sin pensarlo, incluso sin darse cuenta, lo que dibujó es exactamente igual al símbolo que vio en aquella puerta en su sueño. Arranca la hoja de su carpeta, la dobla en cuatro y guarda en su bolsillo derecho del pantalón. ¿Podía haber quedado tan obsesionado solo con un sueño?, él sabe que no, algo más está pasando.

La mañana transcurrió con más normalidad de como venía hasta ahora y será que Thomas estuvo tan distraído que, al sonar el timbre pensó que era el momento del recreo, pero en realidad, ya había terminado el día de clases. En cuanto se percató guarda sus cosas apurado y junto a Adrian salen del salón. Ambos saben que los espera un día más que interesante.

Saliendo de la escuela, se encuentran con Elizabeth, como es de costumbre. No llegaron a caminar dos metros después de la escalinata cuando Adrian es sobrepasado por la intriga, esa que tanto lo caracteriza.

—¿Qué estabas dibujando?, ¿Por qué lo escondiste?, ¿Qué te puso tan nervioso?, ¡Ey, te estoy hablando!— Thomas va demasiado callado, ni

siquiera lo mira, y su mano, metida en el bolsillo donde guardó el dibujo.

—¿Te soy sincero amigo?— dice —no tengo respuesta para ninguna de esas preguntas— y es verdad, ni él entiende que está ocurriendo.

—¿De qué están hablando?— pregunta Eli.

—De nada— responde su hermano. Con un curioso ya es suficiente.

—Aunque sea déjame ver el dibujo— Adrian no se permite quedarse afuera de nada.

Thomas acusa que lo había tirado, sabe muy bien que está mintiendo, pero prefiere alejarse de los cuestionamientos hasta poder entender mejor él mismo.

Su amigo acepta la respuesta, pero advierte perfectamente que Thomas no saca la mano de su bolsillo.

Los tres se dirigen al mismo lugar, la casa de los hermanos, Adrian está ansioso por seguir con el juego que dejaron el día anterior y Thomas desea que le hayan devuelto el cable de la consola.

Al llegar, los recibe Margareth con el almuerzo ya listo para los tres. Es moneda corriente que Adrian vaya para ahí. Junto a Thomas ya forman un dúo inseparable desde hace cinco años, prácticamente desde el primer día del secundario, antes eran solo vecinos, pero en la escuela supieron conocerse.

Sin decir mucho terminan de comer, apurados y sin siquiera levantar los platos salen corriendo a la habitación.

—Vamos a seguir con lo nuestro— dice Thomas mientras suben las escaleras, a la vez que a Margareth le comienza a aparecer una sonrisa y con ésta, la confirmación de que seguir con el castigo era lo correcto.

—¡No prende!— dice Adrian mientras Thomas se acomoda en su lugar habitual, a los pies de su cama, hasta donde llega el cable del joystick —decime que no lo quemaste jugando toda la noche— bromea Adrian, —esto me huele a castigo—

—Pero que buen olfato tenés— Thomas deja salir a su sarcasmo —¿no habrás sido perro en tu vida pasada?—

Se le ocurre ir a pedirle el cable a su madre, no sin antes pedirle a su amigo que lo acompañe, tiene esperanza de que estando con él, su madre

seria menos dura.

Margareth está en la cocina, lavando los platos recién usados y ni bien bajaron comenzó el cuestionamiento.

—Ma, ¿me devolvés el cable?— la respuesta que recibió fue un rotundo no, mientras, el agua del lavatorio sigue corriendo —dale ma— insiste —estábamos en una parte del juego que...— no pudo terminar la frase.

—Ay hijo— interrumpe Margareth con una voz cansada —¿Cuándo vas a crecer?—

—¡Jugar con los video juegos no quiere decir que no crezca!— eso lo enfureció, se nota en su cara —pero ustedes no saben nada— reprocha sumando a su padre al reclamo.

Margreth cierra la canilla, se apoya en la mesada y respira hondo

—Puede ser que nosotros no entendamos muchas cosas— responde mirando cómo se termina de escurrir el agua por la rejilla —¿tener dieciocho años y no saber que quieres de tu vida, eso sí es crecer?— lo increpa ya mirándolo a los ojos, su madre tiene la paciencia colmada —no levantar la mesa e ir desesperado a pegarte a una pantalla, ¿eso también es crecer?— no deja meter ni un bocado a su hijo —me parece que el que no entiende nada sos vos— claramente la idea de que sea más leve no había funcionado y Adrian ya se está lamentando de haber ido hoy. Los muchachos solo escuchan, Margareth esta vez tiene mucho por decir —¿Por qué no nos sentamos y charlamos sobre lo de ayer?— a lo que Thomas no duda en responder.

—Antes de hablar de eso prefiero salir a caminar— dice mientras sale de la cocina —voy a salir a ver la luz del día, lograste eso que tantas veces pediste— Tankian sigue sus pasos y su madre prefiere dejar que se vaya. En estos términos no iban a llegar a ningún lado, incluso le parece bien que por fin salga una tarde de su habitación.

Thomas ya no se encuentra en la casa cuando su madre abre la canilla para terminar con lo que estaba haciendo y Adrian debido a la tensión se había quedado inmóvil, todavía sigue parado allí.

—¿Y vos?, ¿me querés ayudar a lavar?— pregunta Margareth, recién ahí el muchacho pudo reaccionar.

—No señora— atinó a decir —tal vez otro día— agacha la cabeza y deja así también la casa. Yéndose debe pasar inevitablemente por el living, donde está sentada Elizabeth haciendo la tarea que le habían dado hoy, al

pasar por su lado le palmea la espalda.

—En unos años te va a tocar a vos— le dice en voz baja y abandona la casa.

O Adrian había estado atónito por la situación más de lo que creyó o Thomas caminó demasiado rápido, porque al salir ya no podía divisarlo. Si bien Calm River no es grande, no va a encontrarlo solo por ponerse a caminar, pero hay un lugar en particular a donde su amigo va en estas situaciones. Toma la calle que va hacia el centro del pueblo, por la cual llega a ese lugar y ahí está Thomas sentado en el árbol caído junto a la iglesia. Por alguna razón ese lugar lograba calmarlo, al menos un poco. Tankian se encuentra sentado junto a él.

—¿Qué pasa amigo?— pregunta mientras se sienta a su lado. Thomas sigue con cara de enojo, mirando a la nada y Tankian se encuentra sentado junto a él, con la misma actitud.

—Sé que aparte de lo de recién pasó algo más, puedes contarme— no solo pregunta de curioso —soy tu amigo— él lo considera como ese hermano que nunca tuvo. Después de unos instantes, Thomas rompe el silencio.

—¿No te parece que este pueblo es demasiado aburrido?— le pregunta mientras levanta una piedra del suelo —¿Qué hacemos acá?— Adrian no entiende a que va con esto —deberíamos irnos—

—Por eso, vamos para mi casa si quieres— le dice mientras pone una mano en su espalda.

—No Adrian, digo de irnos de acá, de Calm River— reprocha al momento en que lanza la piedra contra un árbol cercano.

—¿Qué pasó para que tengas semejante idea Thomas?—

—Mis viejos— responde —siguen presionándome con el tema de mi futuro—

Adrian acerca su mano al mentón, el cual acaricia con sus dedos índice y pulgar, entrecierra los ojos, aprieta sus labios y de su boca sale.

—Y amigo... creo que en cierto punto tienen razón, ya deberías...— un rotundo ¡NO! Interrumpe su habla.

—¿Vos también con eso?— las facciones del muchacho que ya estaban un poco más relajadas vuelven a tensionarse —al final, parece que se ponen de acuerdo para molestarme— se levanta y camina como si fuera de

regreso.

—¿Te vas para tu casa?!— le grita Adrian mientras ve como se aleja  
—¿Por qué no vamos a la mía, así te calmas un poco?— insiste.

—¡No voy a la mía ni a la tuya, me voy al bosque!— contesta mientras apura su paso y como es habitual Adrian se queda inmóvil en el lugar, en este tipo de situaciones su cerebro se paraliza. Mientras, Tankian está a su lado y se miran mutuamente.

Al momento en que Thomas se encuentra cruzando uno de los brazos del río su amigo le grita

—¿Y, que vas a hacer cuando un árbol te contradiga?, ¿A dónde vas a ir?—

Thomas frena su paso al instante y parado en el puente responde con enojo

—¡Si quieres vení, ¿o te vas a quedar ahí solo?!— claramente prefiere soportar las preguntas de su amigo a que caminar sin compañía por el bosque, ya está atardeciendo.

—Vamos Tankian— dice Adrian, y ambos salien corriendo para alcanzarlo.

Lo que nadie advirtió es que el cielo está nublado y lo que parece una gran tormenta se avecina.

Estuvieron ambos junto a Tankian caminando un largo rato mientras siguen charlando sobre el tema, al mismo tiempo la tormenta se formaba justo sobre ellos. Suele pasar que cuando charlan el paso del tiempo pierde total importancia, se detiene, ni siquiera lo perciben. Una vez dentro del bosque el sol ya había perdido su fuerza y el primer relámpago aparece acompañado por unas gotas que caen de manera dispersa. La caída del sol, las copas de los árboles y las nubes grises se unieron para dejarlos prácticamente a oscuras de un instante a otro.

El segundo relámpago bastó para que se iluminaran sus rostros asustados. Se olvidaron de sus edades, en esta situación son dos niños y un gato inmersos en la negrura de aquel bosque, sin saber ya que dirección habían tomado ni cuanto caminaron.

Al tercer rayo, los muchachos al unísono anuncian con un movimiento de cabeza que es momento de volver.

Con la ayuda de los flashes del cielo comienzan a correr y la lluvia ya tupida convierte la tierra en barro, el cual dificulta sus pisadas. Entienden perfectamente que un lugar lleno de árboles en medio de una tormenta

eléctrica es el equivalente a correr por un campo minado.

Al cabo de un buen rato de correr Thomas se detiene en un sector en donde el campo es más abierto, sin tantos árboles alrededor, una buena zona para recobrar el aliento y pensar mejor hacia donde seguir.

—No podemos seguir corriendo sin saber a dónde vamos— dice Thomas con voz agitada.

—Tenes razón, pensemos...— contesta Adrian — yo soy Hansel y vos sos Gretel —

Ambos comienzan a reír, por un segundo el humor de Adrian les hizo olvidar lo empapados y embarrados que están, pero ese momento no duró mucho. Adrian deja las risas de lado y abre exageradamente los ojos, mira a su alrededor y vuelve su vista a Thomas.

—¿Y Tankian?— le pregunta a su dueño, esperando que por lo menos él no lo haya perdido de vista. La cara que recibe como respuesta deja en claro que lo había hecho.

El primer impulso que tiene es el de volver sobre sus pasos cuando, Adrian lo toma del brazo.

—¿A dónde vas?— cuestiona —mirate los pies—. Ambos están enterrados hasta el tobillo en aquel barro espeso - no hay huellas que seguir y quedarse acá sigue siendo un peligro - Thomas intenta soltarse

—Es Tankian, no lo puedo dejar acá— la preocupación es lógica, el quedarse no.

Adrian aprieta más fuerte al ver que su amigo no cambia de parecer, así que, decide calmarlo.

—Es un felino más inteligente que nosotros dos, seguro él si supo orientarse— sus palabras no logran despreocuparlo, pero si lo convencen de volver.

Fue el viento o algo más, pero, Thomas siente lo que parece ser un susurro, "Río", lo repite en voz alta. Adrian lo mira.

—¿Río?— su expresión es entre confuso y risueño.

Al igual que su amigo él tampoco sabe que quiso decir, pero, su cerebro piensa rápidamente.

—Río, cualquier brazo del río pasa por Calm River y desemboca en el mar,

si seguimos su curso volveremos a casa—. Adrian se sorprende

—Lo de niño explorador realmente te sirvió ¿eh?— bromea mientras le sacude el cabello.

—Veo que tu gracia también funciona en climas hostiles— le responde  
—vamos a buscar ese río, dale—

Estuvieron corriendo en línea recta hacia el lado contrario a donde iban y no habían llegado a ningún lado, así que las opciones eran dos, pero ¿cuál elegir? Mientras piensan qué camino tomar aparece nuevamente ese susurro en el oído de Thomas, "Derecha".

—¡Para allá!— grita Thomas decidido, y hacia allí se dirigen, ambos gritando el nombre de su querida mascota que sigue sin aparecer.

Ya no pueden correr, el terreno lo dificulta y acompañando sus pasos siguen los lamentos de Thomas.

—No puede ser que lo haya perdido— se repite mientras mira hacia todos lados. Caminaron un tiempo más y aún no hay rastros de Tankian, al menos la lluvia ha disminuido en intensidad, lo que ayudó a que se deje oír la corriente del río.

—¡Allá está!— grita Adrian y ambos apuraron el paso como si hubieran visto un oasis en el medio del desierto. Ya no había más que pensar, la corriente los llevaría a casa.

Al cabo de unos cuantos metros bordeando el río, Thomas ve lo que parece ser la silueta de su querido gato. No duda un instante y al grito de "Tankian" comienza a correr, las rocas que hay a la vera del río hacen que sus pasos sean más firmes. Adrian no vio absolutamente nada, pero confió en su amigo y fue tras sus pasos.

Si bien allí pueden pisar con más firmeza, no es fácil correr y debido a la irregularidad de las rocas sus largos pasos se vuelven imprecisos, lo que provoca que Thomas tropiece y caiga con todo el peso de su cuerpo sobre aquel terreno escabroso. Su amigo pudo verlo ya que no sacó sus ojos de él, con un perdido alcanzaba. Llega a dónde está y ayuda a que se levante.

—Creo que tirado en el piso no vas a encontrar a Tankian— se burla mientras su amigo se incorpora, lo toma del brazo y ayuda a que se termine de poner de pie.

El rostro de Thomas parece indicar que el golpe fue bastante duro y sus rodillas lo confirmaron, las rocas rompieron su pantalón y abrieron su piel,

podía verse la sangre mezclada con el barro.

—¿Estas bien?— le pregunta preocupado.

—Si, fue solo un rasguño— mostrarse débil no era una opción para Thomas quien está agachado limpiando sus rodillas, mientras levanta su mirada en busca de aquello que lo había hecho tropezar. No había sentido que su pie haya chocado contra algo, sino que, le pareció como si alguien lo hubiera empujado. Se levanta y comienza a recorrer el terreno y en su búsqueda ve que entre las rocas sobresale algo de madera que llama poderosamente su atención, y otra vez esa voz al oído, "Acércate", decide ir a comprobar de que se trata, mientras Adrian sigue mirando a su alrededor, buscando alguna señal de Tankian.

Thomas comienza a sacar las piedras, descubriendo lo que parece ser un cofre y ni bien termina de liberarlo limpia el barro que tiene pegado en su tapa

—¡Adrian, vení para acá!— grita con cara de sorprendido. Al escuchar su tono, su amigo se acerca enseguida.

—¡Un cofre!— con lo curioso que es Adrian está emocionado solo de verlo — ¡abrillo, abrillo ya! — con el hallazgo ya se había olvidado de Tankian, de las rodillas de su amigo.... hasta el regresar perdió su importancia.

—Tiene candado, no podemos abrirlo— dice —y ya sé que es un cofre— Thomas tiene los ojos abiertos a mas no poder —pero míralo bien, ¿Qué ves?— Adrian no entiende cual es la respuesta que busca con esa pregunta.

—Eeeemmmm... veo un cofre, de madera.... ¿lindo no?— no sabe bien que decir.

En ese momento Thomas lleva su mano al bolsillo del pantalón y saca una hoja doblada en cuatro, aún lo tiene, húmedo, pero lo tiene.

—¿Ves el dibujo que tiene la tapa?— Adrian se acerca más.

—No sé qué es— contesta.

—Yo tampoco, pero mirá— despliega el dibujo y ahí está, aquel que había dibujado en clases, el mismo con el que había soñado, aquel que le había quedado grabado en la mente y ahora está en la tapa de un cofre que encontraron a la vera del río. Adrian no puede cerrar la boca, ni salir de su asombro.

Ambos coinciden en llevarlo y deciden que a la casa de Thomas es la mejor opción. Se ubican uno de cada lado, lo levantan y con un poco de

dificultad por su peso emprenden la vuelta a Calm River, mientras no paran de imaginar que puede contener el mismo.

## Capítulo 3

### Palabras de condena

Margareth se encuentra en la cocina preparando la cena, mientras Robert y Elizabeth están sentados en la mesa de la sala principal. El padre lee su diario como es habitual y la niña se pinta las uñas de color violeta.

— ¿Dónde se habrán metido estos dos? — pregunta la madre con tono preocupado, mientras revuelve con un cucharón de madera el guiso de lentejas, el cual será la cena de hoy. Padre e hija siguen con lo suyo. Al ver que ambos actúan como si no la hubieran escuchado se acerca al desayunador que divide la cocina de la sala.

— ¿En esta casa a nadie le importa lo que sucede? — pregunta con enfado. Robert, quien es el que está dándole la espalda, hace a un lado lo que está leyendo y gira su cabeza para poder mirarla a los ojos.

— Las marmotas tienen 18 años ya — dice y vuelve a su postura anterior — Ya están un poco grandes, ¿no? — agrega mientras levanta nuevamente el periódico. Elizabeth se sonríe.

— Claro pa, Tenes razón, si ya son dos señores — comenta Elizabeth con tono irónico y mira a su madre — ¿No viste ma? ya tienen pelusa en la cara? — al parecer la ironía abunda en los Tindergar, a Robert le encanta, por eso no intenta disimular su risa al escuchar tal acotación.

Al parecer la única que está preocupada es Margareth, para ella sus hijos siempre serán pequeños y necesitarán de ella, por lo que suelta un suspiro y haciendo que no con la cabeza vuelve donde su hoya para seguir con lo suyo.

De fondo, en la ventana que da al patio trasero, se ve asomada la cabeza de Thomas, quien observa la situación. A lo largo de su regreso no habían hallado a Tankian y volvieron planeando su entrada a la casa ya que no pueden dejar que lo vean a Thomas en el estado en que se encuentra y concordaron que mantener el cofre en secreto es lo mejor, ésta sería su aventura.

Ya son las 8 de la noche, la tranquilidad de Calm River sumada a que las familias ya se están preparando para la cena, fue lo que ayudo a nadie percibiera su regreso al pueblo.

En esta situación lo mejor es que ingresen por esa misma ventana trasera y suban directamente a la habitación de Thomas, eso fue lo que hicieron. Una vez allí esconden el cofre debajo de la cama y Thomas se dispone a cambiarse de ropa, sus prendas por lo general son similares, muchas

remeras negras y pantalones de jeans, son pocas las probabilidades de que su madre y su hermana, quienes fueron los que lo vieron salir, noten dicho cambio. De los dos es el que está en peor estado, debido a la caída y tampoco pueden aparecer como por arte de magia dentro de la casa. Callados y tratando de hacer el menor ruido posible, salen por el mismo lugar que ingresaron, sin olvidar limpiar los rastros de barro que quedaron en la ventana a su paso.

— Ven Adrian — le dice en voz baja mientras se sitúa debajo de un arbolito del fondo y pide a su amigo que sacuda las ramas que están encima de él.

— Pero te vas a mojar otra vez — cuestiona Adrian, aunque no demora ni un segundo en hacer lo pedido, no perdería la oportunidad de hacer lo que parecía una broma de mal gusto, pero a pedido. Efectivamente, al hacerlo, un centenar de gotas cayeron sobre él, dejándolo nuevamente mojado. Mientras se dirigen a la puerta de entrada, Adrian le pregunta que es eso de mojarse, Thomas planea muy, lo único que no se había cambiado son las zapatillas embarradas y no debía estar totalmente seco si su amigo no lo estaba, se encontraban juntos, es una cuartada perfecta.

Ahora si, parados en la puerta principal ambos sueltan un suspiro a fin de relajarse.

— Acá no pasó nada — dicen al mismo tiempo y cruzan la puerta.

Margareth al escuchar la puerta suelta el cucharón de madera que está utilizando y se apresura a resivirlos.

— ¡¿En dónde se habían metido?! — pregunta mientras limpia sus manos en un trapo amarillo que tiene colgando del bolsillo del delantal.

— Fuimos a dar una vuelta ma, cuando empezó a llover nos quedamos bajo techo esperando que pare un poco — responde Thomas rápidamente, mientras lo hace con la mirada busca a su desaparecido Tankian.

— ¿Y Tankian? — pregunta al no verlo en su lugar habitual, cerca del hogar a leña situado en la sala de estar.

— Se fue con ustedes, no me digas que se perdió — exclama Eli desde la mesa, si bien su hermano es el dueño legítimo, ella también siente un gran aprecio por el felino.

— Cuando comenzó a llover salió corriendo — se adelanta a contestar Thomas, no está dispuesto a confesar que en realidad lo perdió de vista estando en el bosque.

— Pensamos que venía para acá — agrega su amigo, avalando la mentira.

— Acá no está — afirma su madre — De ser así, estaría en la conmigo en la cocina — siempre que Margareth cocina, Tankian se sienta junto a ella esperando recibir algún bocado de lo preparado.

En la casa ya se siente ese aroma a comida cocera, cuando Margareth apaga la hornalla y Thomas aprovecha para preguntarle si su amigo puede quedarse a dormir ya que al día siguiente no hay clases, comienza el fin de semana.

— Claro que puede quedarse, siempre y cuando avise a su madre  
— Adrian siempre es bien recibido por los Tindergar — Ahora suban a ponerse ropa seca y bajen que la cena está lista —. El pedido fue acatado, tanto cambiarse como cenar nunca lo habían hecho tan rápido. Arriba hay un cofre esperándolos.

El momento de terminar de cenar vino con el pedido de levantarse de la mesa y a ese pedido Thomas sumó la solicitud de un alicate a su padre, si no pueden abrir ese candado da lo mismo que haya cofre o no.

— ¿Para que lo quieren? — pregunta Robert.

— Tenemos que hacer un trabajo para la escuela — contesta Adrian mientras Thomas ya está buscando la herramienta, que está en una caja en un mueble del baño. Adrian levanta los platos de la mesa, abre la canilla y se dispone a lavarlos.

— ¡Deja Adrian, yo ahora los lavo! — grita Margareth desde la sala

— De ninguna manera señora — responde el muchacho, mientras piensa que muchas veces los adultos no saben lo que quieren. Ese mismo día Margareth, durante su enojo, le había preguntado si la ayudaba a lavar los platos y ahora que lo hace a voluntad le dice que lo deje. El doble discurso, aunque no lo parezca, puede ser muy dañino. Igualmente, Adrian quiere hacer buena letra — Yo me encargo — dijo y terminó con la tarea.

Thomas encuentra por fin el alicate y busca algo más.

— ¡Me llevo un balde y un trapo también! — grita mientras ya está subiendo las escaleras, al instante Adrian deja el ultimo plato limpio y va tras él. Ambos suben corriendo, hay un cofre esperándolos.

— ¿Un trabajo para la escuela?, o se golpearon la cabeza o algo se traen entre manos las marmotas — comenta Robert, quien no puede salir de su

asombro.

Entran en la habitación, cierran la puerta con llave y se dirigen directamente hacia el cofre que habían escondido debajo de la ropa sucia que se había cambiado Thomas.

Adrian quiere abrirlo ya, en cambio, Thomas se toma todo su tiempo para limpiarlo bien. El hecho de que tenga ese símbolo lo inquieta y mucho, igualmente en unos cuantos minutos ya está limpiando el último rastro de barro que tiene. Lo toman uno de cada lado y lo suben a la cama, ambos con sus manos en la cintura lo observan por un tiempo.

El cofre es completamente de madera, salvo sus bordes que están reforzados con hierro. En sus lados, por fuera, está tallado con lo que parecen nudos celtas, y en la tapa, justo en su centro, aquel dibujo misterioso, también tallado, un engranaje con un rayo que corre por el centro y se ramifica en algunas partes. Aquel cofre es de un gran tamaño, aproximadamente un metro de largo y unos cincuenta centímetros de ancho, aunque no es muy profundo. Su peso les hace pensar que contiene algo en su interior, por más que al transportarlo no sintieron que se mueva algo en su interior, sería una decepción que sea solo un cofre vacío. Si bien los detalles de las tallas se distinguen perfectamente, la madera está atrozmente degradado como por el paso de muchísimo tiempo.

— A ver... dame el dibujo — dice Adrian, para él es prácticamente imposible salir de su admiración, en cambio, el alicate ya está en las manos de Thomas, quien antes de que su amigo lo note rompe el candado.

— Con lo que haya dentro vamos mitad cada uno, ¡eh! — aclara Adrian al momento en que ponen sus manos en la tapa, dispuestos a abrirlo y enseguida se oye el chirrido de las bisagras oxidadas al abrirse. Ambos están prácticamente encima del cofre, sus caras muestran un entusiasmo que ninguno de sus video juegos favoritos les había generado. Pero, sus caras de decepción no tardaron en aparecer.

— ¿Una hoja nada más? — dice Adrian mientras hace una mueca de decepción. — Yo quiero mi mitad de hoja igual — agrega ya burlándose de la situación.

Thomas introduce su mano en el cofre dispuesto a tomar aquella única cosa que contiene semejante cofre, al hacerlo, los cabellos de su brazo se le erizan como si dentro existiera algún tipo de carga eléctrica. Saca la hoja y la observa, parece no tener el mismo tiempo que el cofre, está intacta y no muestra rasgos de paso del tiempo. Y sobre ella, lo que

parece unos versos manuscritos con tina negra.

— ¿Qué dice? — pregunta Adrian, dicen que la curiosidad mató al gato, de ser un felino ya se hubiera quedado sin vidas.

Thomas se dispone a leer en voz alta dichos versos:

"Cuando más vulnerable seas,

Todo comenzará a pasar.

Entre idas y vueltas tendrás una cabeza,

Pero dos cuerpos ocuparas.

Tendrás que tomar elecciones,

aunque solo un destino tendrás,

si no eliges rápido

perpetuado allí quedaras.

La tinta brotara como rio

Y su curso te marcara.

Pero todo es solucionable,

Para eso tendrás que buscar.

La vuelta tiene raíces

más profundas de lo normal.

Quedaras condenado de no hallarla,

inmerso en otra realidad."

Ambos se miran, claramente ninguno entiende a que refieren esos versos y lo que más los desconcierta es el porqué un cofre de ese tamaño, cerrado por un candado, contiene solo una hoja con lo que parece ser un poema carente de sentido.

— ¿Una cabeza?, ¿dos cuerpos?, ¿tinta que brota? — Adrian está claramente decepcionado — ¿Qué basura ridícula es ésta? — dice mientras

arrebató la hoja de la mano de su amigo.

— Tranquilo amigo, tenemos que averiguar que es — le responde — vamos a leerlo otra vez —

En ese instante se escucha el picaporte de la puerta, alguien quiere entrar.

— ¿Quién es? — pregunta Thomas mientras Adrian guarda el poema en el cofre.

— ¡Soy Eli! — por más que esté con llave sigue forzando su entrada — ¡abrí la puerta, dale! —

Ambos toman el cofre y lo esconden debajo de la cama, mientras Adrian acomoda las sábanas de manera que no se vea, Thomas se dirige a la puerta. Abre, pero solo un poco, para que su hermana no logre entrar.

— ¿Qué quieres Eli? — le pregunta lo más tranquilo posible.

— ¡¿Dónde está Tankian?! — pregunta preocupada, aunque un tanto exaltada. Si bien todos están inquietados por el integrante perdido de la familia, los amigos están muy ocupados con el hallazgo.

— Ya te dije que salió corriendo nena – intenta calmar a su hermana – pensé que venía para acá —

— Si no llega a ser así... — le dice levantando su puño cerrado y mirándolo fijamente — te la vas a ver conmigo —. Mientras Thomas se queda sorprendido y sin entender esa reacción tan brusca de su hermana, Adrian la mira con tremenda cara de embozado y con brillo en sus ojos.

— Realmente, sos más hermosa cuando te enojas — después de esas palabras de Adrian, Eli se da media vuelta y se aleja hacia su cuarto. Thomas vuelve a cerrar con llave, mira a su amigo y hace un gesto con su dedo índice a la altura de su sien.

— Y... muy normalita no es — afirma quien observa.

Ambos vuelven a lo que estaban, sacan el poema nuevamente y comienzan a analizarlo. Estuvieron largo rato tratando de encontrarle una lógica a esas palabras. Lo dividieron por estrofas para poder analizarlo más detalladamente, separaron ideas, las horas pasaban, hicieron mil notas, vuelven a sacar el cofre esperando haber pasado por alto algo que esté a simple vista. A cada instante sus cuerpos cambian de posición, parados, sentados, luego acostados para un lado, después para el otro. Desarmaron el poema completamente y lo volvieron a armar de maneras diferentes. Ahora ya están buscando anagramas... y por fin, al cabo de

tres horas de búsqueda incansable llegan a la conclusión que no tienen la menor idea de lo que es, están como al comienzo, en nada.

Thomas ya abandonando la investigación saca un colchón del armario.

— Vamos a dormir amigo, no doy más — arrastra el colchón y lo ubica justo al lado de la cama.

— Si Thomas, demasiado por hoy — contesta Adrian y terminan de acomodar todo, el poema vuelve al cofre, no sin antes sentir nuevamente esa carga eléctrica al momento de guardarlo dentro del cofre y se ubica cada uno en su cama dispuestos a descansar.

Ya dormidos transcurre lo que queda de la noche, las ventanas se ven escarchadas por el frío que acecha fuera, no está nevando, pero hay ese frío que atraviesa la ropa, la piel, la carne y lo sientes en los mismos huesos. La calefacción está encendida y eso hace que dentro el clima sea cálido, acogedor.

Repentinamente una gota de sudor brota de la frente de Thomas, casi a la par lo hace la segunda, dentro de su mente solo hay oscuridad y de un instante a otro su cara se ve empapada de un sudor inexplicable. Dentro de su cabeza, en esa oscuridad comienza a aparecer una figura, algo que viene hacia él como en cámara lenta, no alcanza a distinguir que es. Sus extremidades comienzan a temblar al momento en que percibe más cerca aquella figura, tiene la misma negrura que todo el entorno, pero alcanza a distinguirlo tan solo por un brillo que no tiene un proceder lógico. Es un caballo, negro, íntegramente oscuro como la noche y se dirige justo hacia él, cuanto más se acerca su cuerpo tiembla con más intensidad, el equino ya está casi sobre él, la almohada está empapada, está a punto de arrollarlo cuando de la nada una espada da contra el cuello del caballo haciendo volar su cabeza justo por encima de Thomas, y rozando su cara con su oscura crin, al momento en que el cuerpo del animal se pulveriza volviendo humo su imagen. Y otra vez, un vacío negro y un silencio abrumador, el cuerpo de Thomas ya está completamente mojado al igual que las sabanas que lo cubren, aquel silencio comienza a desaparecer, dando paso a una risa de lo más aterradora que suena y retumba cada vez más fuerte, con un cambio brusco aparece la cara gigante de un ser horrible, quien abre su boca como queriendo engullirlo .... ¿Qué demonios es eso?, parece tener restos de tierra y raíces que salen de sus fauces. Al instante Thomas pasa a tener una expresión de enojo, al momento en que aprieta con sus manos aquel acolchado que le sirve de abrigo. Comienza a oírse algo que se resquebraja, el sonido sobrepasa aquella risa y desde arriba se ve que ingresa un haz de luz, el cual desintegra la horrenda cara antes de que lo devore. La oscuridad misma comienza a romperse y las rajaduras van formando algo, aquel símbolo, otra vez ese engranaje, los rayos de luz ingresan desde un afuera inexistente y en ese instante, con un espasmo en todo su cuerpo, Thomas abre sus ojos, se los ve blancos,

carente de iris y pupila. Después de tal agitación su cuerpo se desvanece, al igual que lo hace todo en su cabeza.

Las horas pasaron y Thomas aún no despierta. Son las once de la mañana del sábado cuando Margareth golpea la puerta del cuarto.

— Chicos, ¿están despiertos? — al no tener respuesta decide golpear, pero con más intensidad, a lo que Thomas reacciona.

— Si ma, ya nos vamos a levantar — responde mientras abre lentamente sus ojos, su cabeza le da vueltas. Mira hacia su izquierda y ahí está su amigo, boca arriba, pálido y con los ojos abiertos, como si fuera un dos de oro.

— ¿Que pasa amigo? — le pregunta al ver su expresión.

— Tuve una pesadilla horrible — contesta y su cara afirma sus palabras.

Thomas le cuenta que también había tenido una pesadilla de lo más extraña y pasa a comentarle con detalles lo que había visto en ella, Adrian escucha atentamente su relato, todavía no logra salir del asombro. Una vez concluido su relato aguarda algún tipo de comentario, el cual no llega, su compañero de cuarto está boquiabierto, como si estuviera viendo un fantasma.

— ¿Qué te pasa, no vas a decir nada? — tal vez hubiera preferido no preguntarle, si supiera que la respuesta lo dejaría aún más desconcertado.

— Por lo menos era un caballo — responde.

Thomas lleno de curiosidad se sienta en la cama y pide que le explique que está queriendo decir, pero Adrian titubea, parece no querer contar lo que vio.

— Soñé exactamente lo mismo que vos — claramente no fue así. Una verdad a medias no es una verdad. Entonces, ¿a que vino el comentario del caballo?, piensa Thomas. Se lo preguntó, pero Adrian decide justificarse con que todavía está medio dormido y algo confundido. En fin, al parecer ambos tuvieron la misma pesadilla y en sus cuerpos una sensación extraña, una mezcla entre temor y entusiasmo, no pueden creer esto que les está pasando.

Los dos concuerdan en que tienen que averiguar que es lo que pasa y deciden que después del almuerzo darían comienzo a la búsqueda de información.

El almuerzo fue apurado, acusando que debían seguir con algo que habían dejado y a Margareth le parece totalmente extraño que no le hayan pedido nuevamente el cable de la consola. Ni bien terminan de comer suben rápidamente al cuarto, Thomas agarra su computadora portátil y abre el buscador, lo mismo hace Adrian pero con su celular.

— Yo me encargo del símbolo y vos del cofre — dice Thomas dirigiendo la investigación.

Lo primero que se le ocurre a Adrian es entrar a varias páginas de casas de antigüedades, esperando encontrar algo parecido a semejante cofre. Thomas, lo único que encuentra similar al símbolo son puros engranajes, que no se asemejan salvo por los dientes, pero no hay señales de alguno que tenga esos rayos en su interior.

En ese momento alguien golpea la puerta y Thomas pide que quien sea ingrese, total el cofre ya está debajo de la cama. Margareth es quien cruza la puerta.

— Hola ma, ¿Qué pasa? — pregunta su hijo sin sacar la vista del monitor.

— Pensé que esto podría interesarte — dice Margareth mientras el cable de la consola columpia en su mano.

— Gracias ma, déjalo por ahí — responde con una despreocupación que a su madre la llama mucho la atención, al parecer, están demasiado ocupados como para ponerse a jugar. La mujer no puede creer lo que escucha.

— ¿Están bien ustedes dos? — dice mientras se acerca a su hijo, quien en ese instante tabula con una página cualquiera que tenía preparada si no quería que alguien viera en que están tan ocupados.

— Se los ve pálidos — Margareth posa sus manos en la frente de ambos, Adrian mira el cofre.

— ¡Están volando de fiebre! — lo bueno es que no tiene que insistir en que hagan reposo, ambos siguen recostados y Margareth aún sigue extrañada de que ni si quiera levantarle el castigo parecía importar. Los ve ocupados, tranquilos y sin el joystick en las manos, eso le parece muy bien. Decide retirarse, no sin antes informarles que va a salir a hacer unas compras y cuando vuelva pasará a ver como siguen. Ni bien se da la vuelta Thomas vuelve a abrir la página de búsqueda.

Margareth está a punto de cerrar la puerta cuando Elizabeth es quien irrumpe en la habitación.

— ¿Qué quieres acá Eli? — pregunta su hermano mientras con un revoleo de ojos hacia arriba vuelve a tabular.

— ¡Tengo buenas noticias! — responde con una enorme sonrisa en su juvenil rostro, en ese momento, ingresa Tankian a la habitación.

— ¡Tankian! — gritan los amigos al unísono y el gato se abalanza sobre su dueño. Mientras se llenan de caricias Elizabeth les cuenta que lo encontró jugando con Davis cerca de la casa de Adrian.

— Gracias por traerlo Eli — le dijo con los ojos húmedos — no es que me haya olvidado, pero estamos con un temita acá —

— ¿En que andan ustedes dos ahora? — les pregunta con sus manos en la cintura.

Los amigos se miran y solo eso basta para entender de que en Elizabeth pueden confiar. Ella es muy inteligente y tres cabezas piensan más que dos.

— Vení, pasá — dice Adrian en voz baja, denotando que lo que viene es un secreto. Eli entiende perfectamente y antes de acercarse cierra la puerta con llave. Los tres coinciden en algo... estás situaciones les encantan.

Adrian se levanta, se sienta en la cama, justo al lado de su amigo y la muchacha se acomoda en el colchón que está sobre el suelo.

— De esto ni una palabra a nadie, ¿de acuerdo? — le dice su hermano y Eli asienta con la cabeza.

Adrian levanta la sabana que cae sobre un costado de la cama y deja al descubierto aquel cofre.

— ¿Qué es eso? — pregunta sorprendida y con los ojos abiertos a mas no poder. — ¿De dónde lo sacaron? — sabía muy bien que algo se traían estos dos, pero nunca se imaginó algo así.

— Lo encontramos en el bosque, a la vera del río — le comenta Adrian mientras saca el cofre debajo de la cama.

— No sabemos de ni de dónde viene — se adelanta Thomas a la pregunta de su hermana., también la pone al tanto de la búsqueda de información que están llevando a cabo y de que manera se dividieron las tareas.

— A vos te podemos usar para algo en particular — dice Adrian mientras

abre el cofre y muestra su interior a la muchacha.

— ¿Una hoja? — pregunta extrañada.

— Yo pensé exactamente lo mismo — dice Adrian al momento le palmea la espalda — pero sácala del cofre — agrega.

Introduce su pequeña mano y al hacerlo, también siente la misma carga magnética, mira a ambos muchachos con su seño fruncido y pone las letras de aquel poema frente a sus ojos.

— Estaba cerrado con un candado y esto es lo único que estaba en su interior — dice Thomas — tu deber es entender que quiere decir — ella asiente y se acerca a una mesa chica que hay en la esquina del cuarto. Busca rápidamente un lápiz y una hoja en blanco, y se acomoda en la silla a hacer lo suyo. Thomas también vuelve a su computadora, pero Adrian está embobado mirando a Elizabeth hacer anotaciones, hasta que un golpecito en la nuca lo hace volver a la realidad.

— Seguí con lo tuyo vos... y no te hagas el vivo — le dice Thomas.

— Es que es tan linda cuando escribe — le contesta y se escucha como se escapa una risita de Eli.

Una vez pudieron enfocarse, nuevamente el tiempo corrió sin parar. Así estuvieron toda la tarde buscando, ninguno quiso merendar. El trio estaba envuelto en una intriga que, al parecer, nadie quería que se quede sin descifrar. La fiebre no les bajaba, pero eso no hacía que paren ni un instante. Las horas pasaban y no había quien lo note en la habitación.

Golpean la puerta, hasta el momento Elizabeth no había sacado los ojos del poema, es más, ya se lo sabe de memoria y lo va susurrando mientras se dirige a la puerta. Adrian empuja el cofre con el pie y lo devuelve a su escondite.

Quien está del otro lado de la puerta no es más que Margareth, ya viene a buscarlos para cenar. En ese momento y sorprendidos los tres miran hacia la ventana, ya es de noche.

— Ya bajamos ma — le dice Eli, antes pretende charlar sobre los avances de la búsqueda. Ante de retirarse, la madre se acerca a los muchachos y chequea que efectivamente ambos siguen con fiebre.

— Siguen con fiebre, antes de bajar se dan una ducha — ordena Margareth — y voy a llamar a tu mamá Adrian, para avisarle que te quedas — agregó justo antes de salir.

Elizabeth es la menor pero automáticamente se puso al frente de la investigación.

— ¿Qué encontraste? — le pregunta a su hermano.

— Nada... sigo viendo puros engranajes viejos y oxidados — responde. Había visitado miles de sitios en internet, pero no pudo dar con algo semejante a aquel símbolo que no puede sacar de su cabeza.

— ¿Y vos Adrian, que hay de ese cofre? — desea que por lo menos alguno de los dos tenga algo que decir.

— Lo único que pude encontrar es que el diseño que tiene a los costados son nudos Celtas — responde mostrando las imágenes halladas en la pantalla de su celular.

Thomas se sorprende y juntos comienzan a buscar las similitudes de las imágenes con el cofre, mientras Eli espera con ansias que alguno le pregunte sobre lo suyo. No esperó mucho, solo hasta que no aguantó más, dos segundos y ya sus nervios la sobrepasaron.

— ¡Ey! — grita para llamar la atención — ¿al cerebro de todo esto no le van a preguntar? — ya está enojada. Recién ahí se percataron de que lo más intrigante lo tiene ella y ambos se disponen a escucharla atentamente. Enseguida saca la hoja, donde tiene las anotaciones que fue haciendo, en donde hay tachaduras y flechas para todos lados, solo ella se puede entender.

— Miren, por lo que veo no hay mucho para investigar — dice seriamente — solo hay que reinterpretar el contenido del poema — La cara de Adrian muestra que no entiende muy bien que quiere decir con "reinterpretar el poema".

— ¿Y... reinterpretaste mucho? — le pregunta. Elizabeth se remanga el pullover.

— ¿Sinceramente?... lo único a lo que le encontré algún sentido es a los primeros dos renglones — y procedió a leerlos.

— Cuando más vulnerable seas, todo comenzará a pasar — ni bien termina la frase los muchachos se miran automáticamente, para ellos sigue siendo una frase sin sentido, por lo que aguardan una explicación.

— ¡¿No entienden?! — exclama Elizabeth — ¿Cuándo una persona es más vulnerable? —

— ¡Cuando duerme! — responden al unísono y mirándose nuevamente.

— Por sus caras puedo saber que ahora ustedes entienden más que yo — sin dudas Elizabeth es mucho más rápida e inteligente. Ambos prefieren no agregar nada y el llamado de Margareth es la campana salvadora. La muchacha es requerida para ayudar a servir la cena, mientras que Adrian es quien se mete a bañar primero. En cuanto a Thomas, se dispone a continuar buscando información mientras aguarda su ducha. En su cabeza, mientras gira la rueda del mouse, no para de repetirse una y otra vez, las cosas pasaran cuando duermes. Por más que ahora puedan entender el significado del comienzo, todavía sigue sin decirle nada concreto.

Ni bien Adrian sale del baño hace su ingreso Thomas, en sus manos lleva la ropa que va a ponerse luego. Abre la ducha y se desviste mientras espera que el agua levante temperatura, para cuando ingresa a la bañera el baño entero es una nube de vapor, nunca hizo caso a las veces que le dijeron que no hace bien bañarse con agua tan caliente, a él le gusta así, prácticamente hirviendo. Cuando duermes pasaran las cosas, piensa mientras el agua moja su pelo, pero ¿Qué son esas cosas que pasarán?, no puede despegar esa idea de su mente ni por un segundo. ¿Qué fue ese sueño tan extraño?, ¿obsesión?, ¿causa de la fiebre?

Sale de la bañera y se para frente al espejo dispuesto a secarse, como es habitual, después de su ducha el espejo se encuentra totalmente empañado, no puede verse y menos peinarse. Levanta su mano derecha y con una sola pasada desempaña una diagonal perfecta de un extremo al otro, allí ve su pecho y algo más que llama poderosamente su atención. Ahí, justo en el centro, entre sus pectorales tiene una pequeña mancha negra, poco más grande y oscura que cualquiera de sus tantos lunares. Primero se exalta pensando que es algún tipo de insecto, luego piensa que es simplemente una mancha y aunque recién terminaba de bañarse intenta en vano limpiarla. No se corre, ni siquiera tiene relieve, parece como si alguien durante la noche le hubiera tatuado un punto negro.

Desesperado sale del baño, va corriendo hacia donde está Adrian, quien ya casi termina de ponerse las zapatillas e intenta sacarle la remera.

— ¿Qué haces Thomas, estás loco? — le pregunta mientras intenta sacárselo de encima. Thomas no dice ni una palabra, parece que lo único que le interesa es desnudar a su amigo.

— ¡Para!, le voy a contar a tu papá que me estás acosando — para Adrian cualquier situación es ideal para hacer alguna broma.

Forcejearon un poco más, hasta que Adrian desistió, queda en cuero y

Thomas toma distancia para observarlo.

— ¿Y, quieres admirar este cuerpito? — dice mientras adopta la postura típica de fisicoculturista. Cabe aclarar que lo único que puede adoptar es la postura.

— Sos tarado eh — responde Thomas mientras inevitablemente ríe — Esto es lo que quiero ver — con su dedo índice señala el pecho de su amigo. Ahí está, el mismo punto, en el mismo lugar y Thomas le muestra que él tiene el mismo.

— ¿Qué demonios es esto? — pregunta extrañado mientras acerca su cara para verlo más de cerca.

— No sabemos lo que es, pero tengo la certeza de que ayer no lo teníamos — aclara Thomas — ahora bajemos a cenar que deben de estar esperándonos —

## Capítulo 4

### Despierta

Todos están sentados. La cena esta noche es amena y un tanto rápida. Un clima tranquilo y sin discusión. Elizabeth, Adrian y Thomas se miran con ansiedad, todos quieren seguir con la tarea que se asignaron.

Ni bien terminan de dar su ultimo bocado se despiden de los mayores y suben otra vez a su cuarto, que a esta altura ya bien podrían llamarlo su "guarida". Elizabeth, después de esperar tan solo unos minutos, sigue los pasos de los amigos. Sus pasos por la escalera son extrañamente ruidosos, mas de lo de costumbre, como anunciándose al andar. Ahora caminando por el pasillo que distribuye a las habitaciones ya es más evidente que quiere hacerse escuchar cuando decide comenzar a silbar una canción carente de sentido. Al momento en que pasa por delante de la "guarida" la puerta se abre y de allí sale una mano que sostiene el poema hallado dentro del cofre. Eli lo toma y con una sonrisa en su rostro apura su paso y la puerta de su cuarto se cierra con llave luego de entrar.

Abajo, en la sala, Margareth y Robert hacen sobremesa mientras toman un negro café.

—Si mañana siguen con fiebre hay que llevarlos al médico— Margareth deja salir su preocupación de madre con ambos.

— ¿Te parece? — cuestiona su marido —es solo una simple fiebre, además, si viven pegados como siameses es obvio que uno iba a contagiar al otro— agrega.

Aunque Margareth sabe que estuvieron fuera al momento de la tormenta de ayer, por lo cual es más que lógico una buena gripe, no puede contener su preocupación. Pero las palabras de Robert lograban darle algo de tranquilidad.

—Bueno, vamos a ver como amanecen mañana— dijo la mujer antes de dar un sorbo a su café.

Robert acaricia la mano de su mujer, aquella que no sostiene la taza, la que dejó reposando sobre la mesa.

— ¿No te parece extraño que los tres hayan estado tan callados durante la cena? — le dice en voz baja a su mujer. Eso si es algo poco habitual, no había día que los hermanos armen alguna discusión. Cosa de hermanos.

—Hay, Robert— contesta mientras sonrío y afirma —ellos son extraños—

Mientras tanto, en la habitación de Thomas, los amigos ya están acostados y dispuestos a dormir. La búsqueda de información, sumada a una fiebre muy alta como la que tienen los ha dejado exhaustos. Ambos concluyen que lo mejor es descansar y levantarse temprano para continuar con la búsqueda con la cabeza más despejada. Así lo hicieron, quitaron los abrigos de sus camas para evitar levantar aún más temperatura, apagaron las luces y ya están abatidos por un profundo sueño. En cambio, Elizabet, no planea lo mismo. Antes de acomodarse en su cuarto baja en busca de una jarra de café, se excusa que va a quedarse haciendo tareas para el colegio. No preguntaron mucho sus padres ya que es algo que hace frecuentemente, pero esta vez, la tarea es otra cosa tan diferente como enigmática.

Después de cerrar su puerta se acomoda rápidamente en su escritorio. A la izquierda tiene su jarra de café, a su derecha su taza preferida ya humeando, esa que tanto le gusta, la que está decorada con flores azules, y frente a ella, ese bendito poema, el cual ya había mutado para transformarse en un acertijo. No sabe cuanto va a descifrar, pero así esté toda la noche despierta no se va a quedar solo con los dos primeros renglones.

La noche pasa velozmente, ella sigue desglosando el poema y tomando un sinfín de anotaciones en su cuaderno. En la habitación contigua los amigos dormidos son iluminados solo por la luna que ingresa a través de la ventana cuando la frente de Thomas comienza a humedecerse y al igual que la noche anterior sus extremidades comienzan a temblar. Esta vez los temblores parecen más fuertes y comienzan a incrementar su intensidad, llegando al punto en que ahora todo su cuerpo está convulsionando. En su cabeza, una oscuridad total. Al cabo de unos segundos de tremendos sacudones, Thomas cae de su cama y su cara da contra el suelo. Dolorido abre sus ojos, no puede distinguir nada con claridad. Atontado como está, logra darse vuelta, quedando su espalda pegada al piso. Ahora lleva su mano derecha hacia su pómulo, al tocarlo siente un dolor ardiente, el suelo duro como roca y la fuerza de gravedad se encargaron de hacerle un corte en su pómulo, lugar delicado para aguantar todo su peso.

El corte es de tal manera que pareciera que se hubiera golpeado contra una punta de algo, y su forma una L, con su parte más larga subrayando su parpado inferior izquierdo y la más corta bajando del lado contrario al lagrimal. Toca el corte con su dedo índice y anular, está húmedo. Coloca su mano delante de él, intenta ver, aunque no logra distinguir nada con la visión nublada como la tiene sabe perfectamente está sangrando. En ese momento alguien ingresa a la habitación, Thomas atontado por el golpe entrecierra sus ojos tratando de distinguir quien es esa persona que se acerca a él. Puede distinguir que es una mujer y lleva un largo vestido, al

parecer es de color azul.

A medida que la mujer avanza la visión de Thomas mejora lentamente, aprovecha para mirar a su alrededor. Su habitación ahora parece mas oscura, se siente un olor a humedad, como a encierro y, ¿dónde está Adrian? Thomas es ayudado y devuelto a su cama.

—Hermano, al parecer te has lastimado— dice al momento en que sus cabellos rubios se hacen a un lado y dejan al descubierto su rostro.

—¿Eli... eres tú? — balbucea como puede.

—Shhhhh, acuéstate que ahora vengo a curar esa herida— promete su hermana.

Ni bien sale de la habitación Thomas cierra lentamente sus ojos y vuelve a quedar profundamente dormido.

Los primeros rayos del sol ingresan por la ventana y dan justo en la cara de Adrian quien despierta lentamente, da un gran bostezo y comienza a refregarse los ojos con las manos, así como cuando pareciera que alguien o algo no te permite dejar de hacerlo y a tal punto que puedes llegar a desordenarte la cara. Se sienta en el colchón, mira hacia su derecha y lo que ve lo hace levantarse de un salto. La almohada de Thomas está ensangrentada, al igual que la parte izquierda de su rostro.

—Thomas— lo llama en voz baja y moviéndole el hombro, no hay respuesta —Ey, amigo— dice en un tono mas alto, sigue sin responder y Adrian comienza a inquietarse. Ya ambas manos sacuden a Thomas —¡Amigo despertate! — grita exaltado en compas con los sacudones. Thomas reacciona de golpe y asustado.

—¡Pará, pará! ¿qué te pasa? — no entiende bien que es lo que pasa.

Adrian al ver que su amigo reacciona logra calmarse un poco

—Estuviste sangrando— se nota que no fue algo reciente ya que la sangre está seca, claramente le había sucedido durante la noche. Thomas levanta la mirada y mira fijamente a Adrian, un recuerdo vino a su mente. Es ahí cuando siente un ardor. Levanta su mano y comprueba el estado de su pómulo izquierdo.

—Entonces no fue un sueño— dice con cara de asombro a su amigo. Su cabeza está confusa, no puede diferenciar con claridad lo que fue real de lo que no —Elizabeth debería haberme curado—

El alboroto llegó hasta el cuarto de Elizabeth, quien corriendo ingresa a

ver qué sucede.

—¿Qué pasa que hay tanto grito? — cuestiona ya en la habitación.

—¡Vos nena! — grita sentido en su cama y con su dedo índice apuntando a su hermana — ¡dijiste que ibas a curar mi herida! — Elizabeth queda impresionada al ver la sangre de su hermano, y Adrian... inmóvil como siempre.

—¿Te hizo mal el golpe nene? — cuestiona —yo recién me despierto y ni loca andaría por tu cuarto de noche— Ahora Thomas está realmente desconcertado. Su hermana cae en la gravedad de la situación al ver la almohada con un manchón carmesí.

—Quédate acostado— solicita a su hermano y sale de la habitación.

—¿Vos dormiste bien? — le pregunta a Adrian mientras el lo mira con su mejor cara de sorprendido, boquiabierto y con los ojos desorbitados observándolo sin decir una palabra.

—Te hice una pregunta— insiste al ver lo congelado que está.

—Si, si, si, yo dormí bien— asiente con su cabeza —evidentemente... vos no— responde sin salir de su asombro.

— Déjame que reacomode un par de cosas en mi cabeza y te cuento—

Elizabeth ya está de vuelta, con un botiquín de primeros auxilios en la mano, con la ayuda de Adrian atienden a ese pómulo cortado. Ni bien terminan de limpiar y desinfectar la herida, deciden llamar a sus padres, quienes todavía dormían. Margareth es la primera en llegar a la habitación y con ella, otra de sus obviedades.

—¡Hijo, te cortaste el pómulo! — exclama. A Thomas le causa una gracia particular escuchar a su madre decir esas cosas, por lo menos, aquello logra sacarle una sonrisa. —¡iiiRobert!!!— grita con fuerza —¡hay que llevarlo al doctor! — El padre acude al llamado rápidamente.

—Pero si es solo un rasguño, ¿no Thomas? — dice mientras termina de meter su camisa dentro del pantalón. Thomas se remite a contestar solo asentando con la cabeza, pero la verdad es que necesita algunos puntos para cerrar esa herida.

Decide ir los cinco juntos al hospital de Calm River y lo hacen en el auto de Roberth.

—¿Estás bien hijo? — pregunta Margareth luego de girar la cabeza en el asiento delantero, el del acompañante. Thomas está detrás, sentado entre

su amigo y su hermana como si fueran escoltas.

—Estoy bien ma— responde ya cansado de la misma pregunta —me caí de la cama no me amputaron una mano— se nota el fastidio en su voz, ya bastante tiene con el golpe, que por mas que se haga el hombre, ese tajo corte y mucho.

—Bien lo tuyo ieh! — Roberth lo mira por el espejo retrovisor —un domingo al hospital, linda salida en familia— no es moneda corriente que Roberth provoque eso, por unos segundos todos están riendo, hay que aprovechar el acontecimiento de un comentario así.

Una vez llegados al hospital, quien los recibe es Sophia, en el escritorio de entrada.

—Margareth, ¿qué pasó? — pregunta preocupada ni bien ponen un pie dentro del recinto. Calm River no es un pueblo muy grande y Sofia conocía a la gran parte de sus habitantes, por no decir la totalidad ya que trabaja en la recepción del único hospital del pueblo. Enseguida se percata de la L sangrante en el pómulo de Thomas, claramente se encuentra mucho mas calmada que la familia, para ella, esta es una situación de lo más habitual. —Enseguida llamo al dr. Parker— dice antes de escabullirse rápidamente en los silenciosos y blancos pasillos. El señor Parker es el medico por excelencia elegido por los Tindergar, un profesional altamente experimentado ya con unos cuarenta años ejerciendo la profesión.

—Buen día familia— saluda el doctor y automáticamente se dispone a examinar la cara de Thomas. —Vení, vamos a la sala de cirugía que tenemos que hacerle algunos puntos para cerrar el corte— Apoya su mano en el hombro del muchacho y juntos se dirigen hacia allí, mientras, la familia aguarda en la sala de espera, ya mas calmados debido a la presencia de Parker.

El doctor está preparando y esterilizando la aguja a utilizar.

—Tenes un poco de fiebre, puede ser por el golpe— busca algo de charla tratando de que el muchacho pueda evadir que en breve estará siendo cocida su cara, cual matambre en época de fiestas. Quejándose entre puntada y puntada el joven le cuenta a su doctor que al igual que él está Adrian, y el le atribuye la temperatura a una simple gripe por la tormenta soportada la otra noche.

Parker da la última puntada.

—¿Va a quedar cicatriz? — pregunta el paciente mientras toca la costura.

—Mi deber no me deja mentirte Thomas— enseguida deja ver su cara de preocupación —te va a quedar la cicatriz— Del solo hecho de imaginarse

que en plena adolescencia y de por vida llevaría tal marca en su rostro le genera inseguridad, intenta imaginar que una cicatriz lo haría ver más rudo, pero a lo que corresponde a las mujeres... no cree que pueda ayudarlo con eso.

Ambos salen de la sala y Thomas se dirige a donde se encuentra Eli con Adrian. Su amigo se levanta apurado de aquella incómoda silla de espera, ansioso de ver como quedó la costura.

—A partir de hoy vas a ser Thomas " el cara de alcancía "— Eli suelta una carcajada que retumba en todo el hospital mientras agarra su panza. Sus padres no están para callarla, ellos hablan con Parker, la única que se encuentra cerca de los jóvenes es la recepcionista Sophia quien, replicando la imagen del cuadro a sus espaldas, con el dedo índice apoyado en sus labios le indica a la niña que guarde silencio.

—Desde el sábado temprano que están con fiebre doctor— le informa Margareth y Parker los pone al tanto de la confesión de Thomas, de haber estado bajo la tormenta la noche anterior a la temperatura, es probable que se deba a eso, una simple gripe.

—Te lo dije mujer— alega Robert —te preocupas demasiado—

—Si llegan a seguir con temperatura vengan a verme— dice el doctor Parker antes de despedirse.

Ya todos están nuevamente en el auto de regreso cuando, Margareth pide a su hijo que ni bien llegue vaya a descansar. De camino a casa dejaron a Adrian en la suya para que haga lo mismo.

Adrian, luego de entrar a su casa, sostiene una breve conversación con su madre, donde le cuenta de manera muy resumida lo sucedido.

—Anda a descansar hijo, tenés una cara.... — Al muchacho le agarró un sueño inexplicablemente rotundo, si bien había dormido toda la noche, sus ojos se cierran sin el más mínimo esfuerzo. ¿Será las corridas de la mañana? ¿será la fiebre? ¿O habrá algo más?

Sube a su cuarto, cierra bien las ventanas, de manera que no entre ni el más pequeño rastro de sol, se acuesta con lo que lleva puesto y queda profundamente dormido.

Los Tindergar ya están en su casa, Margareth se dirige a la cocina, alguien tiene que preparar el almuerzo y la verdad que a Robert lo de cocinar nunca se le dio muy bien, es más, él ya está ubicado en su sillón favorito, ese que se encuentra cerca de la chimenea, con sus piernas estiradas y los pies encima de una mesa ratona que tiene enfrente. A un lado de él, sobre el apoyabrazos derecho está el control del televisor, del lado

izquierdo su diario. Mira el control, luego mira el diario, vuelve a mirar uno y luego el otro, ¿Quién ganará esta vez? Luego de un par de miradas, la caja boba gana otra vez, después de un comienzo de domingo como el que tuvo, lo que menos tiene es ganas de pensar.

En la mesa solo se encuentran los hermanos.

—Decime que descubriste algo más— le susurra ansioso mientras sigue tocándose la herida perfectamente cocida. Elizabeth, que está sentada frente a él se encima en la mesa.

—Sinceramente hermanito, no pude averiguar más— ella le explica que el poema, aparentemente, son puras situaciones que hasta el momento son inentendibles, se habla de elecciones, tinta que brota, diferentes realidades, pero aún no encuentra una lógica a aquellos versos.

—¿Ma, falta mucho para comer?!— grita Thomas.

—Si hijo falta mucho, recién comienzo a preparar— Margareth piensa que la está apurando para comer, pero en esta ocasión es todo lo contrario.

—¡Buenísimo! — dice Thomas —vamos para arriba, tengo que contarte algo— le cuchichea a su hermana. O la cara de Thomas es muy evidente o Eli intuye perfectamente que él si pudo averiguar algo más. Una vez en la habitación, Thomas le cuenta lo sucedido, de lo único que tiene certeza es que el corte se lo hizo al caerse de la cama.

—Estuve prácticamente toda la noche despierta— comenta Elizabeth al escuchar lo acontecido —en ningún momento escuché algún golpe— Al ver que su hermana descrea de donde dice provenir la herida, pasa a contarle que ella fue quien lo socorrió y nombra también el haberla visto con un vestido azul.

—¿Yo con vestido? — eso sí le causa gracia —claramente fue un sueño— eso si era raro, Elizabeth no había usado vestido ni para su fiesta de quince años.

Muchas son las cosas extrañas de aquella noche, sumado a que Eli no había escuchado nada estando pegada a su habitación, aquel cuarto que apenas alcanzó a ver Thomas se veía muy diferente al que ahora de encuentra. Sin contar, que el lado izquierdo de su cama da contra la pared, por ende, cayó del lado derecho, de ser así, debería haberse caído sobre Adrian y en aquel cuarto no había rastros de su amigo.

—¡Pará, pará, pará! — Elizabeth se exalta y saca de su bolsillo el poema. Thomas la mira con cara de espanto.

—¿En el bolsillo lo llevás? — sus ojos están abiertos a más no poder —¿estás loca? — cuestiona enfadado, con la punta del dedo índice sobre su sien.

—Tranquilo hermanito, está a salvo conmigo— contesta y se pone a leerlo una vez más, por mas que ya lo sabe de memoria, necesita constatar lo que vino a su mente. Luego de leer un trozo de aquel papel levanta su mirada y mira fijamente a su hermano, así se queda, no reacciona, ni una palabra sale de su pequeña boca. Thomas se queda esperando, parece petrificada, parece más una actitud de Adrian que de ella. El muchacho levanta su ceja izquierda y cuando va a preguntar que le sucede, de la boca de su hermana salen expulsadas tan solo tres palabras.

—Dos cuerpos ocuparás— esas tres palabras que hasta ahora no carecían de sentido pasaron a ser una idea tan retorcida como lo son los hechos que vienen sucediendo.

Pensar en estar en dos lugares diferentes parece una locura, pero a como vienen las cosas, es tan creíble como pensar que fue solo un sueño.

El debate entre los hermanos Tindergar fue interminable, hubo momentos en donde estuvieron de acuerdo y otros en donde pensaron que estaban totalmente locos por pensar una cosa así, y no faltó oportunidad para que Thomas pueda seguir burlándose de su hermana con el vestido azul.

Una investigación, una locura y muchas carcajadas son el condimento perfecto para una relación casi perfecta entre ellos.

Mientras Elizabeth busca en internet, Thomas inspecciona nuevamente el cofre y al cabo de un tiempo el silencio se rompe con una pregunta.

—¿No me vas a hablar nunca de Mathew a mí? — evidentemente Thomas tiene por fin esa sensación de cercanía que deberían tener dos hermanos. La cara de Eli lo dijo todo, su asombro denota que en parte le encanta recibir esa pregunta de su hermano, pero a la vez, le da mucha vergüenza hablarlo con él. Levanta su mirada y al correr un mechón de su rubio cabello contesta con otra pregunta.

—¿Estás seguro de que querés que te cuente?

Adrian despierta con ánimos de seguir durmiendo, aunque su cuerpo siente como si hubiera dormido una eternidad. Tapa su cabeza con la almohada, a fin de que la luz que ingresa a la habitación no lo moleste, siempre odió que el sol le de justo en los ojos.

—Un momento... ¿quién abrió las ventanas? — se levanta y ni bien pone

un pie en el suelo advierte algo diferente.

—¿Quién puso esto acá? — al costado de su cama hay una alfombra de piel de zorro. Levanta la vista y automáticamente su boca queda nuevamente abierta y su cuerpo inmóvil por lo que ven sus ojos.

—¿En donde demonios estoy? — claramente no es su habitación, o por lo menos la que el conoce. Ese cuarto tiene el triple de tamaño, los muebles hechos íntegramente de madera, el frío es más intenso y donde debería estar la estufa ahora hay una mesa con una ropa muy diferente a lo que él usa.

Ni bien quiere dar el primer paso su rodilla se afloja, lo que hace que se apoye en la cama para evitar su caída, siente su cuerpo extremadamente débil. Respira profundo y una vez que se siente más seguro avanza hacia la mesa, se para delante y cuando baja la mirada para observar aquella ropa un mechón de pelo ondulado y rojizo pasa cae por encima de su hombro, lo mira de reojo, lo toma y da un tirón acompañado por un grito, pero no de dolor, si no de espanto. Ese pelo colorado y largo es suyo.

La confusión lo hace querer salir de allí pero primero tiene que vestirse y la ropa que se encuentra en la mesa no lo convence.

—¿Quién usaría esta ropa? — se pregunta. Cuero, Piel, parece más un vestuario de película que ropa que alguien usara cotidianamente. Mira hacia una esquina de la habitación, donde hay un gran armario y decide ir en busca de otra cosa que ponerse, pero para su decepción dentro es lo mismo, ropa que en su vida había visto y que jamás usaría. No tiene otra opción, salvo salir como vino al mundo, cosa que no está dispuesto a hacer. Toma la ropa de la mesa y se la pone. Avanza a la puerta de salida y se cruza con un gran espejo que hay sobre una de las paredes del cuarto y se detiene a mirarse.

—No está nada mal— se dice, no le disgusta para nada como se ve y la verdad que aquella ropa es muy cómoda y lo suficientemente abrigada como para ni sentir el increíble frío que hace. Le es mucho más fácil asimilar el atuendo que su pelo largo y desalineado.

—¿Qué es toda esta locura? —

Abre la puerta despacio, no sabe con que puede encontrarse. Imagínate despertar en un lugar en el que nunca estuviste. El miedo es inevitable, escucha ruido en la casa, pero no sabe de donde proviene, no conoce esa casa como para saberlo. Baja las escaleras sigilosamente, agazapado como una pantera al asecho. En la habitación que le sigue al pasillo donde está se escucha a alguien silbar. Se acerca a la entrada de donde proviene ahora un tarareo femenino, se asoma con cuidado y lo que ve logra confundirlo aún más. Quien está allí es Catherine, su madre, puede

reconocerla de perfil, es ella, aunque parece estar vestida como de otra época también. Lleva un vestido violeta largo hasta los talones y unas mangas que se ensanchan a medida que se acercan a sus manos. Prefiere ni hablarle y sigue su camino hacia la puerta de salida.

Ya está anocheciendo y Elizabeth sigue hablando sin parar.

—En fin, me gusta, pero como veras la situación es un tanto complicada— concluye su relato. Thomas está sentado en su cama, con la mandíbula caída, su ceja izquierda levantada y mirándola fijamente. No puede creer las palabras que escuchó de su "no tan hermanita" y no sabe ni que decir. A lo lejos se escucha el timbre de la casa, Thomas desea tener esa conexión telepática que tanto deseaba con Adrian y que haya escuchado su pedido de socorro, pero al parecer, la telepatía se había desviado un poco.

Quien llama a la puerta es Catherine y desde la habitación escuchan que habla bastante alterada y sollozando.

—¡No se que hacer, no lo puedo despertar! — dice hablando de Adrian. Los hermanos se miran al escuchar sus palabras, en sus caras puede verse una mezcla entre preocupación y emoción, sin dudas es otra de estas locuras que vienen sucediendo.

Adrian ya está afuera de aquella casa donde misteriosamente despertó y nuevamente queda impactado por la imagen que entra por la retina de sus ojos.

Calm River se ve muy diferente al igual que sus habitantes, todos llevan ropas similares a las que tiene ahora Adrian y el transito de gente es mucho mayor, lo que el conoce como un pueblo tranquilo, ahora, es todo lo contrario y ni hablar del río que lo cruza, su cauce es igual de tranquilo pero sus aguas son negras, tan oscuras como la noche. Se oye hablar alto a la gente, muchos incluso a los gritos, sonidos de herramientas chocando con metales, balidos de ovejas, una carreta que pasa vendiendo pan recién horneado. Todo junto produce un sonido tan fuerte que logra confundir aún mas a Adrian. A esta altura piensa que lo mejor es pasar desapercibido, así que se coloca la capucha que lleva su abrigo y comienza a caminar donde debería de estar la casa de los Tindergar. Si no fuera por que las construcciones se encuentran exactamente en la misma ubicación le sería prácticamente imposible reconocer donde está la casa de su amigo ya que las moradas tienen también un aspecto muy diferente, al parecer está en un Calm River pero de la época medieval.

A medida que avanza mira hacia todos lados, de todos los rostros que alcanza a ver ninguno le resulta conocido. Por fin llega a su destino y en el jardín delantero se encuentra Margareth barriendo las hojas secas que habían caído, Adrian la observa escondido detrás de un enorme pino que

logra cubrirlo totalmente y sigue sin poder salir de su asombro.

—¿Qué es todo esto?, ¿qué está pasando? — se pregunta una y otra vez

Aunque todo lo que ve y siente parece muy real, en aquel lugar los colores son mucho más intensos, más vívidos. Hay una bruma muy leve en los alrededores, eso sumado a que siente como un estado de somnolencia lo hace dudar si en realidad está soñando.

Es el momento justo, Margareth camina hacia el lado trasero de la casa, en donde parece haber un establo. Adrian aprovecha la situación y corre como una gacela hacia la puerta de entrada e ingresa con cuidado. Al parecer no hay nadie más allí, y continua con la intención de hallar el cuarto de Thomas.

La casa de su amigo también es mucho más grande que antes. Al ingresar identifica perfectamente lo que sería el living y la cocina, solo queda revisar las habitaciones y dar con la de Thomas. Sube una gran escalera caracol ubicada al fondo del living, en el lado contrario a donde se haya un enorme hogar a leña. La misma lo lleva a un largo pasillo que distribuye las habitaciones, parecido al que conoce, pero sus dimensiones son mayores.

Al abrir la primera puerta divisa una cama matrimonial, deduce que es la habitación de Margareth y Robert, supuestamente, a esta altura ya no sabe que creer.

Prueba suerte con el cuarto contiguo. Abre la puerta lentamente y lo primero que llama su atención son las cosas que están colgadas de las paredes. Puede ver una bandera, al parecer manchada con sangre, con un símbolo, no llega a distinguir que es ya que está verdaderamente casi destrozada. Al lado hay una espada algo oxidada y mas a la derecha un escudo de madera con bordes de hierro.

—Supongo que debe de ser este— se dice en voz baja e ingresa. No hay rastros de su amigo. Puede ver que sobre la mesa que está junto a la cama hay algunas cosas desparramadas y se dispone a revisar. No tiene idea de que es lo que busca, pero tiene que aprovechar mientras puede, debe averiguar que está pasando.

Se acerca a la mesa y toma un cuaderno que hay sobre ella, en su tapa, bordado con hilo azul hay un nombre.

—¿Elizabeth? — ahora sí que su confusión es total. Sigue observando lo que hay allí, cosas más propias de un varón que de la mujercita que él conoce. En ese momento se escucha que se cierra la puerta de calle, Adrian da un salto y sale corriendo a otra habitación que todavía no revisó. Ingresas y cierra la puerta, quedando apoyada su espalda contra la

misma, trata de calmar su respiración, luego cae en la cuenta de que del susto ni siquiera se fijó si había alguien dentro. Levanta su mirada lentamente, al otro lado del cuarto divisa una cama y sobre ella el cuerpo de Thomas al parecer dormido. Mientras se acerca lentamente a él quita su capucha, una vez a su lado toca la cicatriz que su amigo lleva en el pómulo.

—Thomas despertate— le dice en voz baja mientras le toca el hombro. —Thomas dale, despertate— insiste ya tomándolo de los brazos y sacudiendo con un poco más de fuerza. Escucha unos pasos que se aproximan y su corazón se acelera, el tiempo se acaba. —Thomas por favor, tenés que despertar— para ese momento ya lo está sacudiendo tan fuerte que es imposible que alguien no despierte así, en cambio, Thomas sigue igual, como si en realidad estuviese desmayado, o peor aún, parecía estar en un profundo coma.

Adrian piensa lo peor y una lagrima de desesperación brota de su ojo derecho.

Margareth abre bruscamente la puerta.

—Adrian, ¿eres tú? — Al muchacho se le cierran automáticamente los ojos y cae desvanecido sobre su amigo.